

Toledo (1). En la intersección de la nave con el crucero no se eleva propiamente cúpula, sino una hermosa estrella resultante del cruzamiento de las aristas, que en los brazos transversales y en el ábside describen otras tantas medias estrellas. Abundan en las demás bóvedas entrelazos semejantes, incluso en las que sostienen el coro alto, improvisadas, digámoslo así, por Ruesga, con los seis bocelados machones en que se apoyan, con sus ángeles y blasones, con los colgadizos de su arco y su calado antepecho de piedra. Para este coro, que ocupa media longitud de la nave, hizo en 1526 el entallador Bartolomé Fernández una primorosa sillería decorada con figuras de santos y relieves del Apocalipsis (2); no recordamos adónde ha ido á parar, huyendo de ser envuelta en la ruina del edificio. Pero se ha quedado arrostrándola el precioso retablo plateresco, en cuyos cinco cuerpos formados por abalaustradas columnas esculpieron numerosos pasajes del evangelio varios artistas reunidos en 1528 para tal empresa (3), colocando la Virgen en el centro y el Calvario en el remate, y á los lados perpendicularmente diversas historias de santos que hacen parte de dicha máquina. Toda la doró y estofó en 1553 Diego de Urbina (4), completando la serie de artistas que han tenido allí el raro privilegio de perpetuar sus nombres y las fechas de sus trabajos.

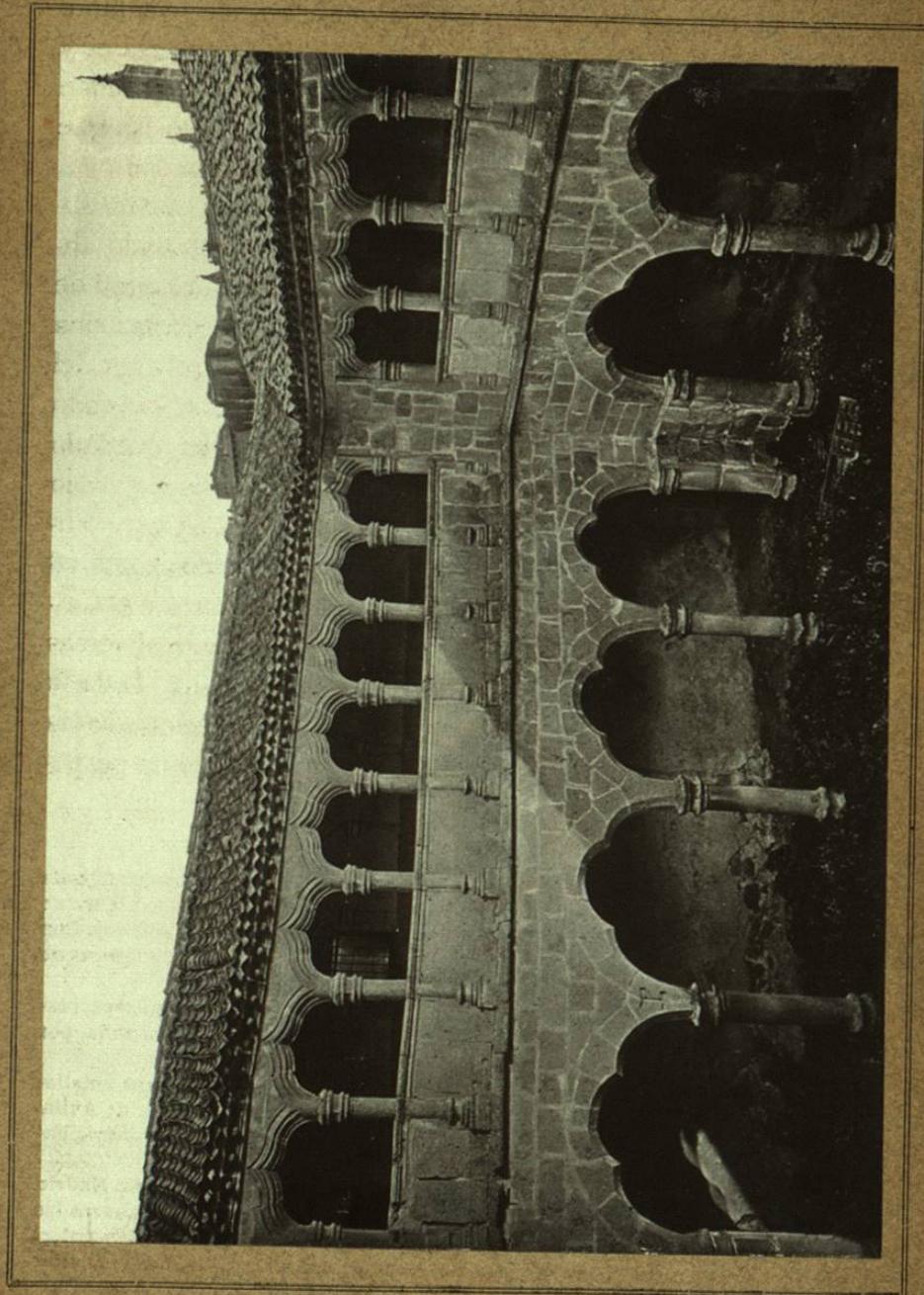
(1) De las escrituras citadas por Bosarte aparece que Sánchez contrató cada escudo en piedra de Otero por 1900 mrs., y Almonacid cada estatua en piedra de Madrona por precio de 2800: aquél era vecino de Segovia y éste de Torrijos. Con iguales condiciones se encargó Almonacid de la efigie de la Virgen y figuras de la Anunciación que en la portada exterior hemos visto mutiladas.

(2) Era Fernández segoviano, y se obligó á hacer toda la sillería, pilares, respaldares, coronación y otras cosas, todo de nogal, de imagen de media talla, por precio de trescientos mil maravedís.

(3) Fueron estos Juan Rodríguez, Blas Hernández y Jerónimo Pellicer entalladores, Blas Hernández carpintero y Francisco González pintor, vecinos de Ávila, que hicieron el retablo en la forma que hoy se ve por la cantidad de cuatrocientos mil maravedís.

(4) Por mil y novecientos ducados concertó dicho Urbina vecino de Madrid esta prolija operación, en que empleó sólo dos años, encañamando por detrás las figuras de relieve para que no se abriese la madera; y en la contrata entró el pintar de claro y oscuro con los pasos de la Pasión la cortina que cubría el altar en Semana Santa.

SEGOVIA



Claustro del Parral



BIBLIOTECA

Ocupan los sepulcros de los fundadores los estrechos costados de la capilla mayor, tirando ya al renacimiento y demostrando que su erección hubo de retardarse más de medio siglo. Las estatuas figuran de rodillas, la de don Juan Pacheco á la parte del evangelio y la de su esposa doña María Puertocarrero á la parte de la epístola, aquél acompañado de un paje y ésta de una doncella, dentro de hornacinas en cuyo fondo se representa el entierro del Redentor, de distinta composición en una y otra. En el pedestal se advierten las virtudes cardinales; los pilares en sus varios órdenes son de caprichosa arquitectura, sembrados de nichos é imágenes, como los hay asimismo en el segundo cuerpo y remate de los panteones. La escultura, tal como se encuentra lastimosamente embadurnada, parece muy distante de la esmerada ejecución que algunos le atribuyen. Harto mejor es la de la tumba gótica que hay en el ala derecha del crucero, al lado de un arco de la decadencia guarnecido de crestería y de excelentes hojas: sobre la urna de trepada arquería, en la cual se distinguen tres figuras de doctores, yace una bella efigie de alabastro con hábito y tocas, y es de la animosa condesa de Medellín doña Beatriz Pacheco, hija bastarda del marqués, la última en resistir con armas al incontrastable poder de los reyes Católicos (1). Los demás de la excelsa estirpe tenían sepultura en el suelo, pero han desaparecido las planchas de bronce en las cuales se veía diseñado su perfil. El templo todo es un vasto mausoleo, y las capillas, claras y espaciosas principalmente las de la izquierda, y abovedadas con estrella de crucería, contienen al rededor hornacinas sepulcrales recamadas de colgadi-

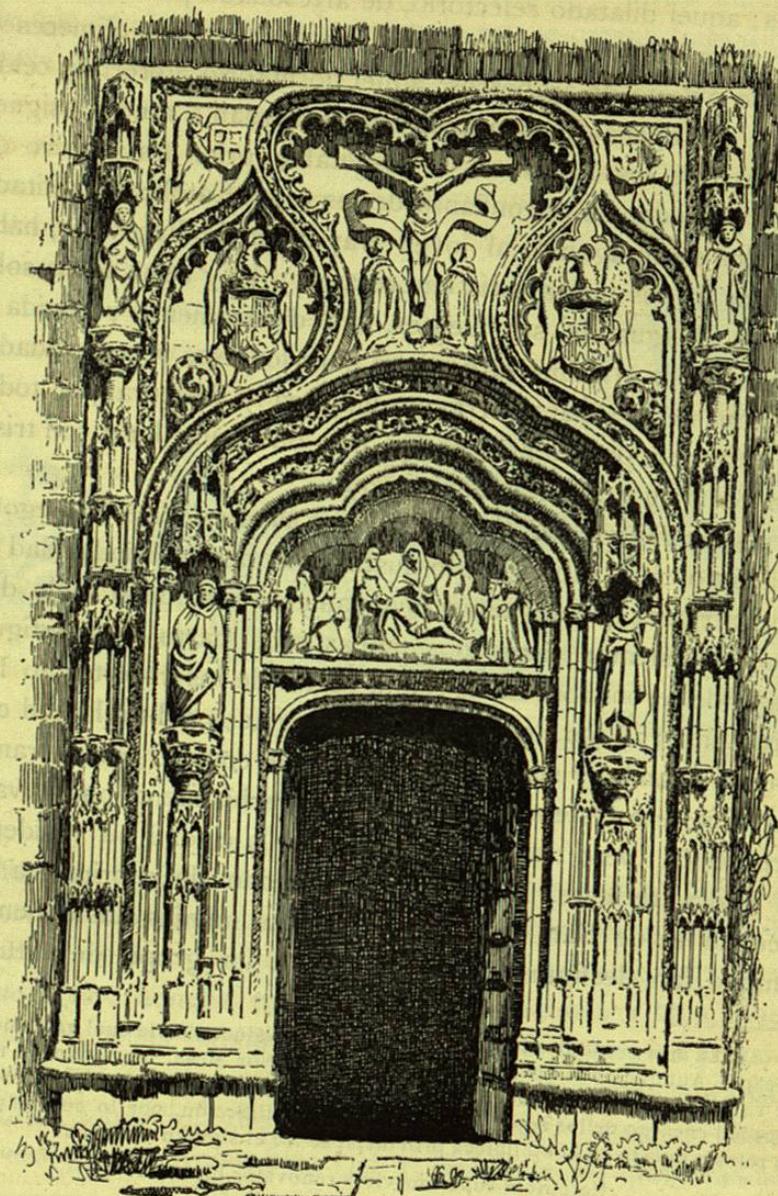
(1) Casó con Pedro Puertocarrero en 1450, y es harto conocida en la historia para ocuparnos de sus hechos. La inscripción puesta en el borde de la urna se encuentra desbaratada por la mala colocación de las piezas en que está esculpida, y faltan algunas para completarla. Las existentes por su orden dicen así: «...yace la muy magnífica... ilustre doña Beatriz Pa... hija del ilustre y muy... magnífico señor.... Pacheco maestro de Sa.....» Tuvo el marqués de Villena otra hija legítima llamada también Beatriz, que casó con el conde de Arcos don Rodrigo Ponce de León y murió sin hijos; pero creemos que el epitafio se refiere á la primera por la mayor importancia que tuvo en los destinos de la familia.

zos. Las hay también en la nave, en el escaso macizo que dejan las elegantes portadas de las capillas, encerrando diversas urnas, unas encima de otras, blasonadas con escudos de familia de nobleza muy secundaria respecto de la del magnate fundador (1); y pasamos horas copiando sus letreros, embargados en dulce y melancólica quietud, sin más acompañamiento que el canto de los pájaros que anidan en los templos abandonados, compensación acaso la más grata que reciben éstos, procurando nuevos loadores á Dios, cuando cesan las alabanzas de los hombres y las solemnidades del culto.

Y no se limitan á la iglesia el interés de su conservación y la lástima de su ruina. Aquella desmantelada sacristía de idéntico estilo, de análoga bóveda, de alcovadas alacenas en sus costados, también invadida por modernos chafarrinadores, recuerda el relicario que contenía la espalda de santo Tomás de Aquino regalada en 1463 por Enrique IV (2), y la corona con que se estrenó la grande Isabel y que ofreció luego á la Virgen, en mal hora deshechos uno y otra para la custodia fabricada hacia 1660. Aquel claustro en mucha parte hundido, de siete arcos semicirculares cerrados con gótico antepecho en cada

(1) Empezando por la izquierda de la nave, transcribiremos algunos de estos epitafios de letra gótica puestos á manera de marco al rededor de la delantera de las urnas: «Aquí yace el honrado é discreto varon el licenciado Alfonso Gonzalez del Espinar del consejo del rey e rreina ntros. señores e alcalde de la su corte, é falleció año de M e CCCCLXXVI.—Aquí yace el onrado varon Gonzalo del Rryo, cuya alma Dyos aya, el qual falleció á quynce dyas de febrero año de mil e CCCCLXXX e VI (y en la urna de abajo): Aquí yase Beatriz Alvares muger que fué de Gonzalo del Rrio, la qual falleció á dyas del mes año de MII (suple D).» En el costado derecho ó de la epístola: «Aquí yace doña Marya de Morales muger que fué del onrado caballero Pedro de Tapia del consejo del rrey don Enrique quarto...—Aquí yace la señora doña María de Tapia fija del onrado cavallero Pedro de Tapia e de la señora doña María de Morales.—Este arco es de los nobles señores el dotor Dionisio Solís e de su muger doña Felipa de Solís e de sus sucesores, el qual falleció año de DVII.—Y así mismo yacen aquí sus hyjas Margarita de Solís e Felipa de Solís e Ximena de Solís e Luisa de Solís e Constança de Solís.» Sigue otro arco liso del canónigo Dr. Bartolomé Mirabehe, que murió en 1580 dando para obras piadosas cuanto tenía.

(2) La reliquia fué alcanzada en 1438 por Juan II de los dominicos de Tolosa, y Colmenares trae la cédula del rey Enrique por la cual mandó darla al monasterio juntamente con una preciosa cadena de oro para guarnecerla.



PORTADA DE LA IGLESIA DE SANTA CRUZ

lienzo del cuerpo bajo, sobre los cuales corre doble número de ojivos; aquel dilatado refectorio, de artesonado plano en el centro y á los lados en vertiente, con sus dos gentiles ajimeces y su lindo púlpito de arabescos; aquel dormitorio, librería y celda prioral que apenas ya se reconocen, recuerdan á tantos insignes varones que los habitaron, al respetable prior fray Pedro de Mesa, poseedor de la confianza de los reyes Católicos y visitado por ellos en su agonía, al joven fray Juan de Escovedo, hábil ejecutor de sus más arduas empresas (1). Hoy reina allí la soledad; y el agua de sus fuentes, tan diestramente recogida y encañada por el primer arquitecto para los usos y comodidades del monasterio y para derramar limpieza y frescura por todas sus estancias, parece no tener ya más oficio que llorar con triste monotonía su gradual aniquilamiento.

De los Huertos al Parral paraíso terrenal, dice en Segovia un adagio muy sabido, y lo justifica la densa frondosidad de aquella ribera que seguimos inversamente y en cuyo suelo deliciosísimo asientan otros dos monasterios harto más antiguos que el de Jerónimos. El de Santa María de los Huertos lo fundaron en 1176 los Premostratenses enviados del de la Vid contiguo á Aranda, y sus abades, cuya serie empezó por el francés fray Gualtero Ostene, eran citados proverbialmente por su vasta jurisdicción; pero trasladada dentro de la ciudad su residencia en época reciente, pocos rastros quedan de la primitiva (2). Ocupan el de San Vicente todavía las monjas Cistercienses, aunque tan desfigurado que semejaría un grupo de vetustas

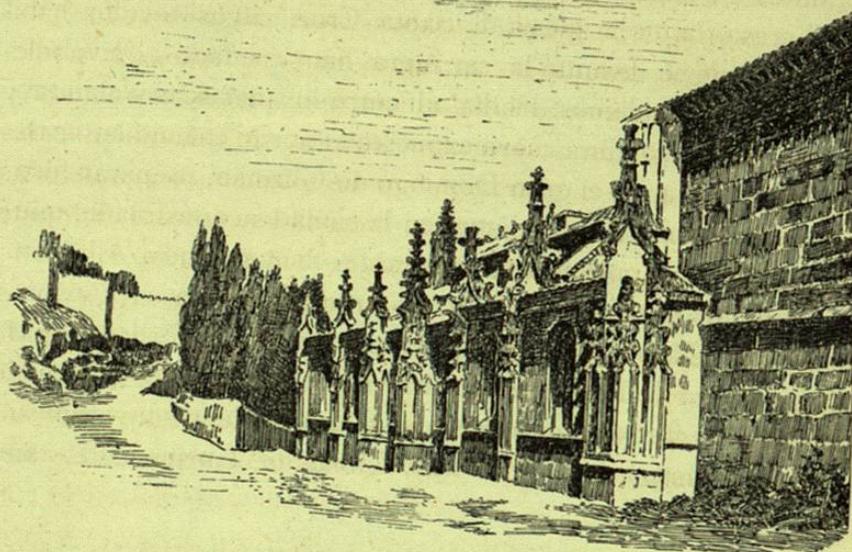
(1) La más grandiosa fué la reparación del acueducto, de la cual hablamos en el cap. I. Aunque no la vió más que empezada el prior Mesa, muriendo en marzo de 1485, repartió con el joven fraile ingeniero el mérito de la obra, sometida por especial encargo de los reyes á su informe y á su dirección, por lo cual al pié de su retrato puesto en la biblioteca provincial se lee el siguiente dístico:

Herculeas superans vires renovator hic astat;
Irriguum fecit quæ antea sicca fuit.

(2) Queda dicho en la pág. 542 que hasta tiempos muy modernos hubo parroquia tanto en los Huertos como en San Vicente, sin duda para los que habitaban dentro del término jurisdiccional de ambos monasterios.

casas, á no ser por el informe cubo de la iglesia al cual se advierte pegada una columna bizantina. Hay noticias auténticas de que en el primer tercio del siglo XIV se quemó todo ó buena parte del edificio, y cada año en 26 de setiembre se celebra aún

SEGOVIA



IGLESIA DE SANTA CRUZ

la función *del incendio* en acción de gracias por no haber desaparecido completamente: pero no se comprende que en cinco siglos y medio no se haya hecho otra cosa para reparar lo destruído, sino aquella mezquina iglesia pequeña y baja, puesta debajo de unas habitaciones, y que tiene todas las trazas de provisional. Verdad es que cuanto le falta de arquitectura va en historia, tomándola desde el segundo siglo de la era cristiana el letrero que circuye su friso (1); y bien que las primeras aser-

(1) Dice así: «Por los años de Cristo de 140 permanecía en este sitio un templo de Júpiter, el cual fué quemado con fuego del cielo, en cuyas ruinas estaba por los años 919 edificado y consagrado este templo al glorioso mártir San Vi-

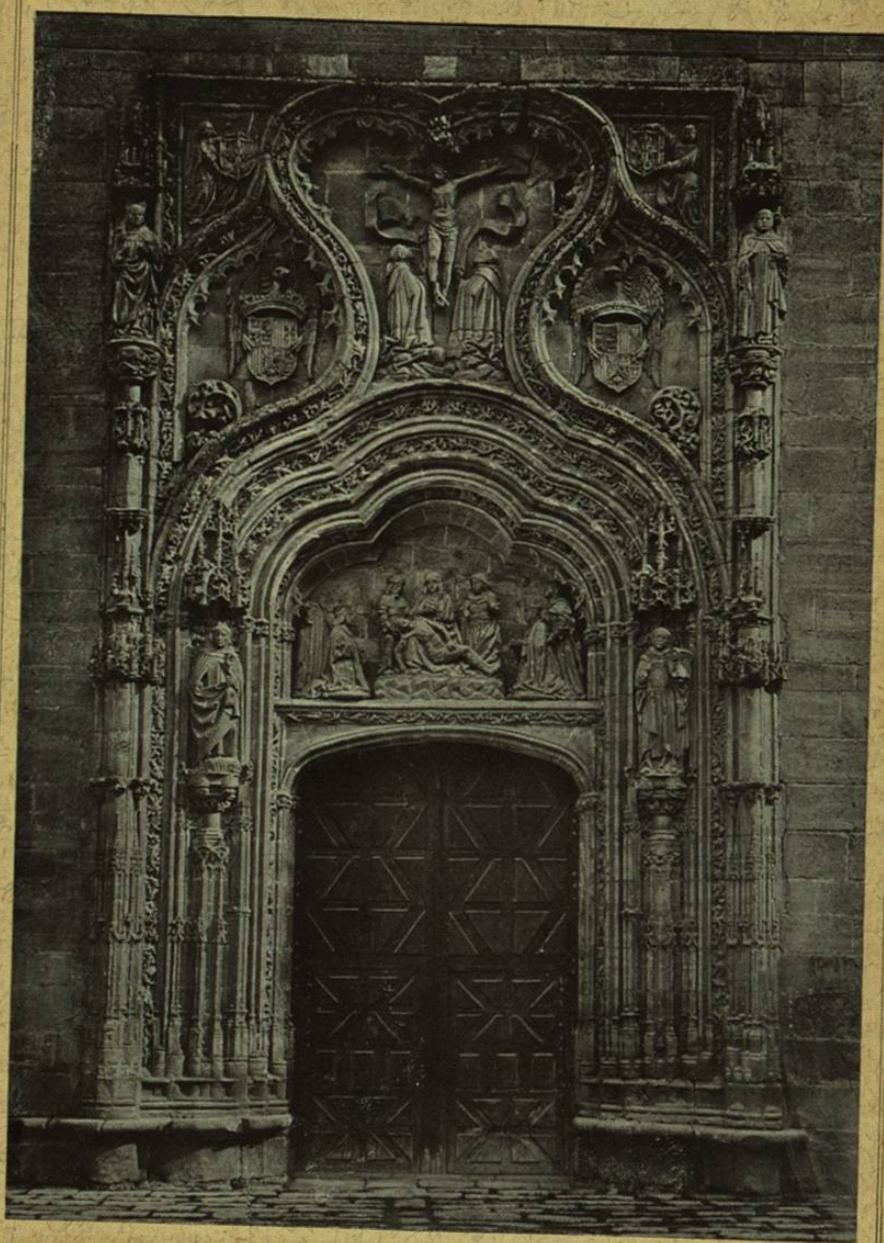
ciones sean bastante controvertibles, hay en el convento una lápida sepulcral, cuya fecha si realmente fuera del 1089 como se lee, probaría que la antigüedad de San Vicente sobrepuja á la que por lo general se atribuye á la restauración de Segovia (1).

Volviendo hacia la ciudad y repasando por otro puente el río, antes de subir á la puerta de San Cebrián, descúbrase la gentil crestería de la iglesia de Santa Cruz, cuyos tejados con lo mucho que se levantó la carretera han quedado al nivel de las raíces de los álamos. Había allí entre los peñascos y malezas de la orilla una sombría cueva expuesta al norte, cuando en 1218 la escogió por asilo el gran Domingo de Guzmán, preparándose con rígidas penitencias á ejercer en la ciudad su apostolado, que ilustró con raros portentos y admirables conversiones. Allí, con los discípulos que reclutó, fundó su primera colonia en España, dejando en ella por prior á su compañero fray Corbalán que falleció dentro de breve tiempo. Favoreció al naciente convento Gaspar González de Contreras, cuyos descendientes tuvieron su patronato, hasta que su prior fray Tomás de Torquemada, tan

cente, el cual ha permanecido, desde inmemorial, convento de vírgenes consagradas á Dios bajo la regla y hábito de San Benito, hasta que á instancia del rey don Alonso VII llamado el Emperador se vistieron del Císter, siendo honrado y enriquecido con rentas y privilegios de nuestros magníficos reyes de Castilla y León sus fundadores. Se renovó este letrero año de 1676. Ignoramos de dónde sacó el autor de dicho letrero lo del templo de Júpiter y de la existencia del convento en 919: de los escasos privilegios salvados de las llamas, el más antiguo es del año 1211.

(1) El epitafio, cuyo calco debemos lo mismo que las demás noticias de este convento á su estimable capellán don Casimiro Pérez benedictino, es del tenor siguiente: *Hic jazet donna Marqisesa abatlisa istius monasterii religiosa generosa plasida* (la palabra no dice así, pues la *p* tiene abajo una raya, falta la *l*, y la letra siguiente es la *i* en vez de *a*, pero no acertamos que quiera decir otra cosa) *et discreta Deo patri et beate Marie et omnib. scis. que obiit Xº calendas julii anno Domini millesimo octuogesimo nonno.* ¿No pudieran haberse omitido, como sucedía á veces, las *C* que expresaran los centenares? El carácter de letra parece más del siglo XIII que del XI, y tanto en uno como en otro era muy poco frecuente contar por años de Cristo más bien que por eras. De todas maneras se necesitan datos más terminantes para remontar á tan remota edad la existencia del convento y con ella la repoblación de la ciudad, que se fija en 1088 ó lo más pronto en 1079, á no suponer que San Vicente sobreviviera á la invasión del rey moro de Toledo.

SEGOVIA



Portada de la Iglesia de Santa Cruz

célebre como primer inquisidor, alcanzó de los reyes Católicos que lo tomaran bajo su protección especial reedificándolo desde los cimientos. En bordadas letras de relieve corre repetida la divisa *tanto monta* á lo largo del cornisamento exterior de su larga nave, y lasafilgranadas agujas de sus estribos se parecen mucho á las de San Juan de los Reyes. Debajo del trebolado arco de la puerta resalta el grupo de la Piedad, de que tan devota era la insigne Isabel que en él figura de rodillas con su esposo: á los lados se advierten dos santos de la orden con sus repisas y doseletes y otros dos en lo alto de los pilares que flanquean la portada, entre cuyos compartimientos trazados por caprichosas curvas destaca arriba el Crucificado entre dos religiosos y varios escudos con águilas; pero el trabajo de las hojas y guirnaldas que visten los boceles supera al de las imágenes. Tales son los follajes de cardo que festonean el frontón triangular con que remata entre dos botareles la fachada.

El templo espacioso y desmantelado consta de seis bóvedas de crucería, con coro alto en las dos primeras, y de crucero con su cúpula; pilares, cornisas y ventanas son del postrer tiempo del arte gótico; las capillas, desahogadas á la derecha, tienen el arco á estilo de los de alcova aunque peraltado, y en una de ellas hay una estatua yacente; y sobre una labrada puertecita del ala izquierda se muestra una arca que guarda con otras reliquias el cuerpo del venerable fray Corbalán. Felipe II quiso dotar la capilla mayor de un magnífico retablo, encargando su diseño al famoso Herrera; sus dos primeros cuerpos eran de orden jónico y corintio el tercero, con grandes relieves de la Pasión y hasta diez y seis figuras de santos, y lo hizo y colocó en 1572 Diego de Urbina (1). Pero las llamas lo abrasaron

(1) Es el mismo probablemente que doró y estofó en 1553 el retablo del Parral, y se le titula pintor del rey. Ponz, que vió el retablo de Santa Cruz, leyó en él la fecha de 1557, dato difícil de concertar con la aserción de Llaguno que atribuye su diseño á Juan de Herrera, el cual no principió sus trabajos arquitectónicos hasta 1563.

en 1809 durante la lucha Napoleónica juntamente con la cabecera del edificio, y en 1827 no pudieron remediarse sino los estragos hechos en las paredes. La expulsión de los religiosos ha convertido en hospicio de pobres el histórico convento, donde á falta de palacio se hospedó Fernando el Católico por tres semanas, de 27 de agosto á 15 de setiembre de 1515. Desde entonces ha mudado mucho el claustro que es todo moderno, á excepción de una capilla que hay en él con portada gótica, perteneciente á Alfonso Mejía. La de la *santa cueva*, á la cual se baja por algunos escalones, recuerda las austeridades del santo patriarca, cuyos sangrientos rastros borró tiempo hace una piedad indiscreta del suelo y de los muros, adornándola en cambio con devotas efigies: allí vinieron á postrarse san Vicente Ferrer en 1411 y santa Teresa en 1574 y cuantos reyes y príncipes han visitado á Segovia (1). La ermita levantada en el sitio de las predicaciones del fundador, á trescientos pasos hacia poniente, fué arruinada en nuestros días.

Sigue el paseo por bajo de las murallas sobre el solar que ocupó en remotos tiempos la parroquia de Santa Lucía, teniendo enfrente á la otra parte del Eresma la sombría y majestuosa torre de San Lorenzo que preside el pequeño arrabal agrupado á su alrededor. Pero al llegar al pié de la cuesta que conduce á la puerta de San Juan, déjase á la izquierda el río, y por los arcos del admirable acueducto se desemboca en la plaza del Azoguejo, pequeña todavía y que lo era mucho más antes de despejarla de las casas y cobertizos arrimados á los gigantes pilares (2). Era uno de los centros más nombrados en España de la gente *alegre y maleante* cuando florecía en Segovia la in-

(1) Hacía frecuentes estas visitas la residencia de los soberanos en Valsain y posteriormente en la Granja. En una de ellas Felipe II, reparando que en la antecapilla de la cueva había un sepulcro alto de la familia de Coronel, lo mandó quitar diciendo: «Aun para mí sería este un lugar demasiado digno.»

(2) Véase lo dicho en el capítulo del acueducto. Antes de los derribos llevados á cabo en 1806, habíanse practicado ya otros parciales, como lo prueban las disposiciones tomadas en 1596 para demoler unas casas que estrechaban la plaza.

dustria (1), y aún ahora es el foco del popular movimiento y vínculo de comunicación entre la población interior y la que está fuera de los muros. Colocada á la salida de la puerta de San Martín, sirve de arranque al dilatado arrabal de sudeste, cuyo ensanche desde lejanos siglos se esforzaron inútilmente en atajar repetidas cédulas reales para que no mermase la fortalecida ciudad (2). Hoy la ignala casi en extensión y vecindario, prolongándose en una calle principal que varía á trechos de nombre y anchura, mas no de dirección, y su primer trozo se denomina de San Francisco por el gran convento que aparece á la izquierda de su entrada.

Fundáronlo poco después de instituída su orden los Franciscanos, obteniendo la parroquia de San Benito, que acaso les sirvió de iglesia hasta que construyeron la actual, vasta y desnuda nave de bóvedas entrelazadas al estilo gótico, á la cual se pegó más tarde una barroca cornisa. No tiene capillas sino una á la parte del evangelio, sobre cuya entrada hay un nicho plateresco abierto por ambos lados y dentro de él la efigie arrodillada de Francisco de Cáceres; en otras dos hornacinas interiores de gusto más delicado yacen su padre Antón y el que hizo la capilla á principios del siglo XIV (3). Las hay también festonadas de arabescos al rededor de una cuadrada estancia del opuesto lado; y por ella se sale al claustro galano y espa-

(1) Nombran á menudo al Azoguejo las novelas picarescas, como la plaza de Zocodover en Toledo, el Potro en Córdoba, y el barrio de Perchel en Málaga.

(2) Una de Alfonso el Sabio expedida en 1278 llevamos citada pág. 554. y otra despachó en 1422 Juan II mandando que ningún vecino de la ciudad se salga á vivir á los arrabales.

(3) Lástima que no pueda leerse el nombre colocado entre estas dos frases *Aquí yace y fiso esta capiella*; la fecha parece ser *MCCCXXVIII*, advirtiendo que es *año* y no *era*. La inscripción renovada en el lucillo inmediato expresa ser del «onrado caballero Anton de Cáceres hijo de Anton Martinez de Cáceres y de doña Inés Osorio de Virues, gobernador que fué de la villa de Madrid y alcaide de sus alcázares, guarda de los reyes Católicos, falleció á 15 de setiembre de 1493 años.» La hornacina puesta sobre la entrada lleva el siguiente epitafio: «Aquí yace el muy noble caballero Francisco de Cáceres, fijo del muy noble caballero Anton de Cáceres y de doña María Virues, el qual finó á cinco de mayo año de mil é quinientos é XXII años.»